

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
III

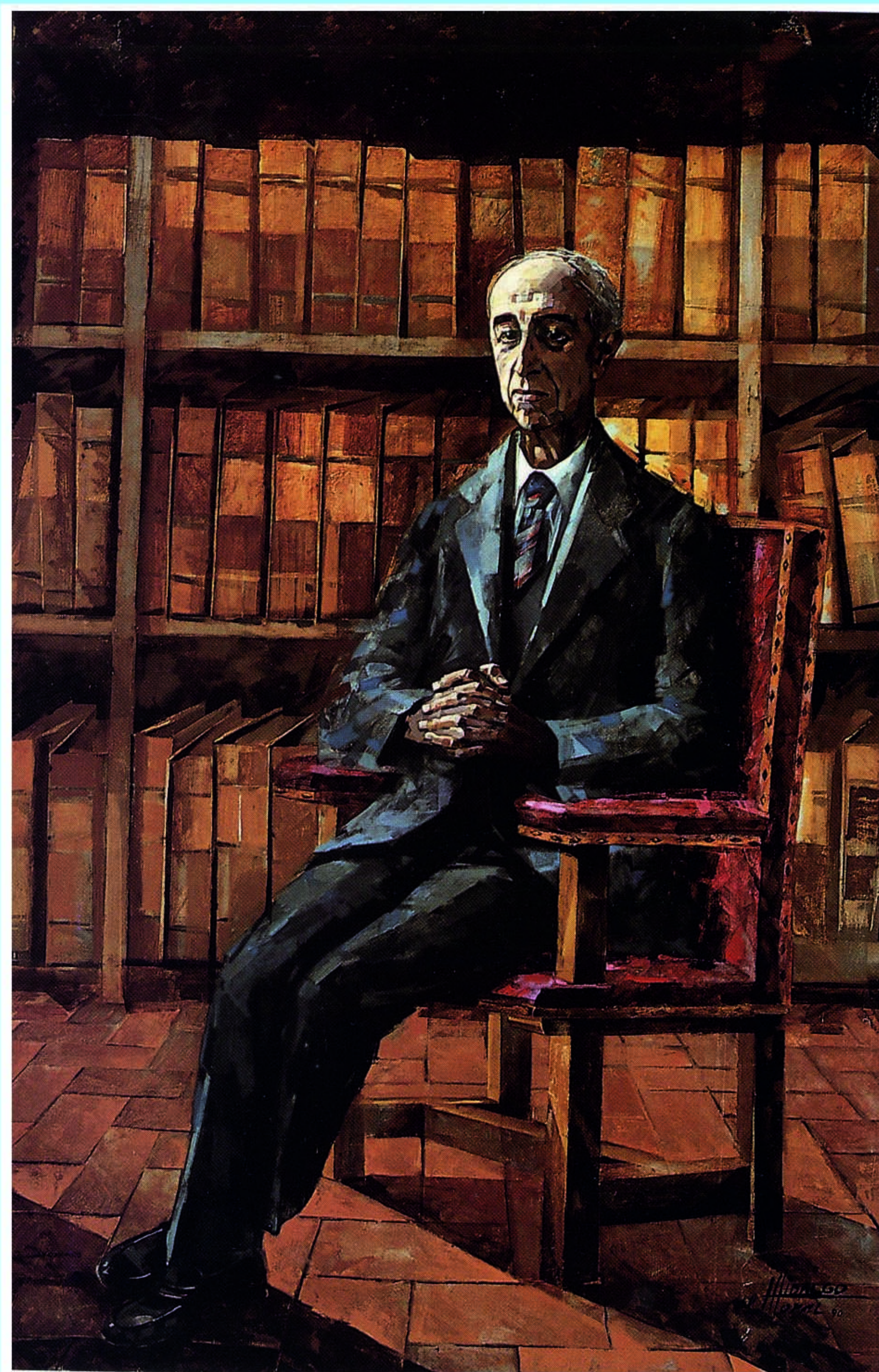
ACADÉMICOS en el recuerdo 3

J. M. ESCOBAR
F. S. MÁRQUEZ
COORDINADORES



2019

ACADÉMICOS en el recuerdo 3



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 3

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA

2019

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 3
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Juan Gómez Crespo

(Óleo sobre lienzo, 1990)

por Juan Hidalgo del Moral, académico numerario

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-121657-4-6

Dep. legal: CO 2.054-2019

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**RICARDO MOLINA (1916-1968),
EMOCIÓN Y ENTORNO VITAL**

por

ANTONIO MORENO AYORA
Académico Correspondiente

1. Infancia de Ricardo Molina

A pesar de que contamos con una excelente publicación de José María de la Torre titulada *Ricardo Molina, biografía de un poeta* (1995), que para este artículo será fundamental, si pretendemos reescribir los episodios de la infancia del poeta, nos encontramos con una falta de noticias que es sorprendente y que los estudiosos avezados debieran empezar a solucionar. Aquí, al menos, recolectaremos las pocas que poseemos y en parte hasta las fabularemos para dar idea de la realidad que pudo ser o suceder.

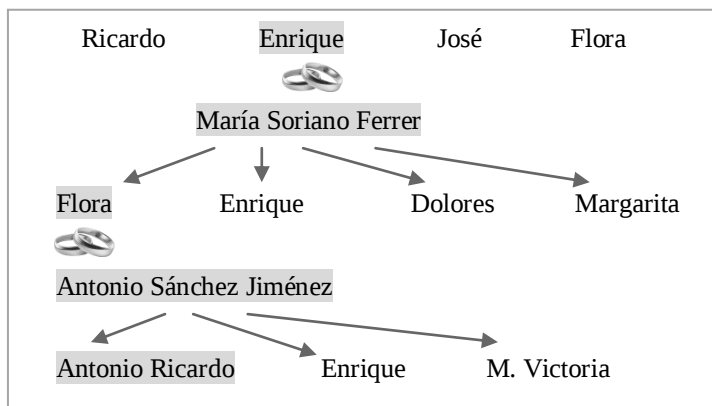
Sabiendo –todo en atención a la partida de nacimiento que el profesor De la Torre dio a conocer– que su padre se llamaba don Ricardo Molina Molina y su madre doña Flora Tenor Jiménez-Cuenca, el niño nacido de ambos, concretamente en Puente Genil (Córdoba) a las 8:30 del 28 de diciembre de 1916¹, recibió el nombre de Ricardo Antonio de San Francisco de Sales Molina Tenor. Era nieto, por línea paterna, del matrimonio formado don Diego Molina García y doña Dominga Molina Borrego, y por línea materna, de los esposos don Manuel Tenor Ruiz y doña Belén Jiménez Cuenca, todos ellos naturales de Puente Genil “menos el abuelo materno que lo es de Badolatosa (Sevilla)”, una población muy cercana a Puente Genil, de la que dista solo 20 kilómetros. Cuando alcanzara la edad adulta ese niño será –según escribíamos en 2017²– “un hombre que dignificaría la poesía con sus tan humanos, sensuales y sinceros versos, seguramente porque gustó con

¹ Ha sido José María de la Torre el que ha incidido varias veces en que la fecha de nacimiento de Ricardo Molina es la anotada, y no la de 1917 (aunque la diferencia fuera solo de tres días) que mantienen aún muchos críticos y manuales. Sin duda es este un buen momento para invitar ya a releer el imprescindible estudio citado de JOSÉ MARÍA DE LA TORRE sobre *Ricardo Molina, biografía de un poeta*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1995.

² En MORENO AYORA, A. (Coord. y ed.), *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*, Rute, Revista Literaria *Ánfora Nova*, núms. 111-112, 2017, p. 7.

su paladar de niño la dulce y dorada pulpa de los membrillos regados por ese mismo Genil que a él tanto lo inspiró [...]”.

Tras estos párrafos iniciales, creemos hallar espacio oportuno para publicar y tener en cuenta el cuadro familiar o de parentesco de Ricardo Molina, una vez consultado el asunto con el que es sobrino-nieto del poeta, Antonio Ricardo Sánchez Molina; lo hacemos a partir de sus hermanos y hasta el heredero actual:



Hay que suponer que en sus primeros años, el niño que fue Ricardo asistió en su pueblo a las denominadas “escuelas de amigas”, “las amigas” o “migas” (esto por reducción en el lenguaje infantil), especies de guarderías que acogían a los infantes hasta que entraban en edad escolar, y que cuando esta llegara asistiría a escuela pública o privada^{33a}. Y dado el fuerte carácter de la Semana Santa local seguro que sus padres, continuadores de la tradiciones, lo vestirían durante ese tiempo con el vestuario de los niños, compuesto por una túnica negra y un capillo para la cabeza, sobre todo para celebrar la especial Semana Santa Chiquita, separada temporalmente de la oficial y organizada en los días previos y posteriores al 3 de mayo, que sería el día grande o Viernes Santo. Y con esa incardinación cristiana le llegó el día de su Primera Comunión, de lo que tenemos testimonio en una foto en la que aparece con sus padres. Evidentemente, hay muchos datos por confirmar e investigar, pero es casi seguro que la recibiera en la iglesia parroquial de la Purificación, ubicada en calle Don Gonzalo, muy próxima a la casa familiar en que nació el futuro poeta (calle Don Gonzalo, 13) y en donde hoy una placa lo recuerda para generaciones futuras. Es seguro que disfrutó del campo y de la vida tranquila del pueblo, por eso –según anota José María de la Torre en la página 16 de su citada biografía– “hubo de transcurrir su infancia de manera feliz y solitaria”. En contacto frecuente con la natu-

raleza, su pueblo, sus olivares y su río serían, ya desde entonces, atractivos constantes para él, que en 1942 anotó: “He preferido quedarme en el paseo y escribir estas líneas aquí mismo, presidido por el busto de M. Reina”, precisando enseguida que “ahora, en este claro, sereno atardecer, descanso mis ojos y mi pensamiento en el verde paisaje, que ciñe al río, en este paisaje que fue el primero en atraer mis miradas, entre todos los paisajes del mundo” (según también José María de la Torre, pp. 16-17). Esta contemplación del río es estampa infantil inalterable, pues igualmente en 1962 lo describiría de esta guisa a tenor de esta otra mención de De la Torre (p. 16):

Puente Genil es una isla porque el río ciñe al pueblo casi por cuatro costados. De niño, los rumores del río crecido llegaban al balcón de mi casa y en la madrugada pluviosa de diciembre tornábanse amenazadores. No eran rumores sino rugidos. La diversión favorita de niños y adultos era en tales ocasiones asomarse a las barandas del paseo para ver la riada.



Ricardo Molina de Primera Comunión y con familiares.

Sin duda alguna estas vivencias en un entorno natural tan agradable y de componentes tan vegetales, como los viñedos, los olivares, membrillares y trigales, fueron forjando a la vez un carácter que, si por un lado despertaban su interés según dice confesando que “recuerdo mi curiosa infancia ávida de saber y de voluptuosidad”, delineando en él

“un alma infantil solitaria, meditativa y sensible al entorno del paisaje pontanés”, por otro también lo llevaron a ser “alegre, locuaz y dialogante. Fusionando, pues, todas esas características, podemos deducir –y lo hace el profesor De la Torre (p. 17)– que fue una persona seria, pero llena de cordialidad y amenidad”.

Muy poco después, a la edad concreta de nueve años y cuando corría el de 1925, por decisión de sus padres, dejaron el domicilio pontanés y se trasladaron a Córdoba, en cuya calle de General Cascajo (hoy Lineros) vivió sus primeros contactos con la capital que ya siempre lo acogería de forma continua. En ella, según informa Olga Rendón Infante³ “continúo sus estudios en el Instituto de Córdoba coincidiendo con Juan Bernier”, añadiendo a continuación que

En Sevilla se matriculó de Geografía e Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, donde tuvo de profesor al poeta Jorge Guillén; pero al estallar la guerra tuvo que abandonar los estudios, se alistó en el frente y una vez concluida la contienda se licenció y comenzó a trabajar como profesor por horas en distintas academias de Córdoba.

Pero ¿qué noticias tenemos de Ricardo, ya mismo adolescente, a partir de la segunda década de su vida? Sería conveniente indagar sobre el ambiente familiar, sobre sus amistades y sobre sus estudios en el Instituto Provincial y Colegio de la Asunción –hoy IES Luis de Góngora, junto a la misma céntrica Plaza de las Tendillas–, donde conocería a muchos de los hombres que forjarían el futuro cordobés, y donde según testimonios que conocemos fue compañero de su amigo Juan Bernier o de su paisano Juan Campos Campos, el padre del futuro escritor y novelista Juan Campos Reina. Queda tarea en estos ámbitos para ocupación de atrevidos investigadores. José María de la Torre precisa que en ese instituto ingresó al comenzar el curso 1932-1933, porque hasta ese primer año y desde 1928 había cursado sus primeros años de bachillerato en la reconocida Academia Espinar. Hay que acudir a José María de la Torre, una vez más, para ilustrarnos de ciertos datos de aquellos años: por ejemplo, ya en el curso 5º de bachillerato (1932-1933, cuando él tenía dieciséis) escribió un artículo que

³ Seguimos su esencial artículo “Recorrido por la vida y obra de Ricardo Molina”, publicado por MORENO AYORA, A. (Coord. y ed.), *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina...*, p. 16.

supone que los “balbuceos literarios del joven R. Molina dan, por tanto, fe de sus gustos estéticos, románticos y modernistas [...]”; y, como un recuerdo más, que los tres profesores que lo influenciaron significativamente fueron don José Manuel Camacho, don Juan Carandell Pericay y don Perfecto García Conejero.

Parece del todo demostrado, si seguimos las datos que aporta José María de la Torre (p. 17), que la degradada situación económica, motivo del cambio de domicilio de Puente Genil a Córdoba, no mejoró en la capital. Su padre la hizo constar en el expediente escolar del hijo buscando apoyo en forma de matrícula gratuita, y a ella se vuelve a referir el mismo Ricardo en 1945 (léase en la p. 18) al temer que, junto a Bernier y García-Gill, “mi inquebrantable economía en las bacanales nocturnas no vaya muy a tono con su generoso desprendimiento, sospecho”, especificando a continuación lo que llama “mi carencia total de recursos”.

2. Juventud del poeta

Esa anterior alusión a las bacanales nocturnas deja entrever que el joven Ricardo, como es lógico, aprovechaba los momentos oportunos para divertirse y salir. Y que ya, porque lo conocía de los años en el instituto, era amigo de Juan Bernier.

Como se ha adelantado con palabras de la profesora Rendón, el curso 1934-35 comienza sus estudios de Geografía e Historia en la Universidad de Sevilla, en la modalidad de “alumno de enseñanza no oficial, puesto que su economía no le permitía residir fuera del domicilio paterno”, según las precisiones que De la Torre (pp. 23-24) hace al respecto, aclarando en este sentido que en 1936 tuvo que interrumpir tales estudios por el estallido de la Guerra Civil, acabada la cual se atrevió a continuarlos. Es De la Torre quien relaciona también su etapa de soldado, que se extendió desde el 12 de agosto del 36 hasta el año 1939, cuando aprovecha el curso 1939-40 para aprobar los cursos que le quedan y licenciarse definitivamente en Geografía e Historia “tras la convocatoria de septiembre de 1940”, fecha que especifica De la Torre (p. 28), quien igualmente concluye (p. 26):

La vida, pues, de Ricardo Molina en los tres años que duró la guerra civil española no se caracteriza por su filia o fobia a favor o en contra de ningún bando. Su único afán fue, dentro de la contienda fratricida, la lectura y la creación poética [...] Fueron ‘las circunstancias’ de la vida las que le depararon estar en el bando nacional (p. 27).

Durante estos años de juventud, acuciado por la deficiente situación familiar y por la obligación de empuñar las armas como soldado, Ricardo Molina tuvo que dar sus primeras clases particulares y aprovechar todo el tiempo de que podía disponer para leer y formarse humanísticamente. Siempre gustó de leer libros de filosofía, y la poesía desde luego la fue conociendo poco a poco y ampliando sus conocimientos sobre los más diversos poetas, entre los cuales estuvieron siempre presentes –desde sus clases del instituto– nombres clásicos como Góngora o Arcipreste de Hita. Muy concretamente José María de la Torre comenta que “las preferencias que R. Molina tenía entre 1936 y 1946” (pongamos entre sus veinte y treinta años) “quedan limitadas a los campos de la filosofía (concretamente, Metafísica y Ética), historia y geografía, y poesía”.

3. Edad madura. Trabajo

Lo primero que debe quedar claro a la hora de enfrentar la media-nía de edad del poeta, es que la ya mencionada precaria situación económica familiar lo impulsó desde muy pronto, incluso antes de que llegara la guerra civil, a buscarse la vida impartiendo docencia en academias y clases particulares⁴. En este sentido, en el reciente libro co-ordinado por Antonio Moreno Ayora *Ricardo Molina, eco literario (Cincuentenario de su muerte, 1968-2018)*⁵ hemos podido recabar el testimonio de tres alumnos de aquel tiempo, Alfonso Polo Alfaro, Mateo Maya y Antonio Flores, quienes aportaron algunos datos de aque-lla época (véase el parágrafo “1.4. Los recuerdos de tres alumnos”). El primero citado, Alfonso Polo Alfaro, concreta que fue alumno suyo en los años 50 (supongamos que tuviera el escritor unos cuarenta años), y que le daba clases de Francés y de Literatura. Alfonso informa de que “era muy educado y correcto en el trato”, aunque a la vez también recuerda –y dada la edad de los discípulos– que en alguna ocasión parece que fue motivo de las bromas pesadas de los mismos, pues...

⁴ JOSÉ MARÍA DE LA TORRE, en una nota a pie de página que puede consultarse en su estudio biográfico sobre el poeta (véase su página 103), informa de que “el diario *Córdoba*, del día 18 de septiembre de 1941, inserta en sus páginas este anun-cio publicitario: “Academia Hispana. Colegio legalmente reconocido por el Ministe-rio de Educación Nacional [...] Durante el próximo curso 1941-42 el claustro de Profesores de la preparación de Bachillerato estará integrado por [...] Filosofía: Don Ricardo Molina Tenor [...]”.

⁵ Libro recientemente editado por la editorial Ánfora Nova, Rute, 2019.

Cuando llegaba, decían: “Ya está aquí la Paquera”, ese mote le teníamos puesto por su afeminamiento. Nos pegábamos con el culo a la pared del pasillo en ademán de que no nos diera cachetadas en él. [...] Se reía de forma peculiar y amanerada. Claro, porque se daba cuenta. Se sonreía.

Igualmente, Alfonso nos habla de la dinámica de la docencia, que parece ser que se llenaba con cierta frecuencia rutinaria con preguntar la lección.

Se hace evidente, por palabras anteriores, que al menos sufría de pesadez o reflujo estomacal pues se tomaba ese mencionado “vaso de agua con bicarbonato”.

En cuanto al informador citado en segundo lugar, Mateo Maya, fue alumno de Ricardo en la Escuela de Comercio, donde el poeta era profesor, y estaba transcurriendo el año 1956, por tanto continúa el poeta en sus cuarenta años o muy poco más. Aprovechamos sus breves declaraciones:

Ricardo Molina nos daba clase de Francés. Me pareció un señor mayor, muy formal y con buen porte. Generalmente fumaba en pipa [...]. // Sus clases eran amenas, divertidas y tenía una pronunciación francesa que me parecía muy correcta. // Su vena poética se traslucía en sus exposiciones, y con frecuencia hacía mención del grupo poético “Cántico”. Más tarde me enteré de que él pertenecía a este grupo.

Nos parecen elocuentes las informaciones de este alumno, hoy ingeniero industrial y profesor jubilado. Como también van a ser clarificadoras las que siguen de Antonio Flores, quizá uno de sus alumnos más jóvenes en la misma Academia Espinar y cuyo recuerdo lo ha plasmado en forma poética⁶; de él podemos entresacar varios aspectos, empezando por la circunstancia de que el profesor don Ricardo tendría entonces unos 43 años, pues el poema de Flores comienza: “Apenas trece años tenía por entonces / cursando ya tercero de un fuerte Bachiller”. Quizá sean destacables otras circunstancias comentadas con cierto desenfado por el antiguo alumno, como: a) que Ricardo sigue con sus molestias estomacales (“me dabas aquel vaso para que te trajera / agua del pilón,

⁶ El poema, que incluimos en *Ricardo Molina, eco literario* (pp. 27-29), procede de la antología poética *Homenaje a Ricardo Molina (en el centenario de su nacimiento)*, Córdoba, Ateneo de Córdoba, 2017.

que había en la Academia, / y así poder tomártela con el bicarbonato, / pues muy sano no estabas”); b) que la afición docente era en Ricardo más débil que la literaria (“No dabas nunca clase. Si acaso algo Francés; / lo tuyo era mandarnos estudiar / y así tener tu hora, / centrado en tus escritos y papeles”); c) que el escritor aprovechaba fuera de clase el poco tiempo que le quedaba (“Tú siempre con la pipa / y leyendo por la calle”⁷); y d) que pronto Ricardo sería conocido por su sapiencia sobre el flamenco (“Después me interesé por temas del Flamenco / y, mira tú por dónde, / te encuentro entre Mairena y Fosforito”).

Con poco más de treinta años a Ricardo Molina le llegó uno de los momentos cumbre de su biografía personal y literaria, el momento de la fundación de la revista *Cántico. Hojas de poesía*, cuyo estudio, ya más que realizado y completado por diversos investigadores, no corresponde hacer aquí ahora. Aunque sí es conveniente resaltar, en relación con tales páginas, que en ellas incluso la traducción fue uno de los quehaceres que desde finales de los años 40 del siglo pasado, y hasta finales de los 50, ocuparon al poeta, que incorporaría a su vida esa preocupación vital que tantas lecturas y reflexiones poéticas debió suscitarle. Entre otros, ha sido el profesor cordobés Juan de Dios Torralbo Caballero quien ha puesto de manifiesto, estudiándola con precisión, tal actividad traductora que puede seguirse en *Cántico. Hojas de poesía* y que da una idea bastante exhaustiva de cómo, en su vida, Ricardo tuvo que dedicar muchas horas de sus días a leer a poetas nuevos o conocidos para profundizar en sus versos mediante el traspaso de una lengua, la original, a otra que mayoritariamente era la española. Es más, los comentarios que hacía en sus artículos y traducciones lo definen también como un avezado crítico y atinado ensayista.

Conocedor de tantísimos poetas, ya fueran italianos, franceses⁸ o ingleses (entre ellos, Whitman o T. S. Eliot), Ricardo pondría su vida en el tablero defendiendo, por ejemplo, a Cernuda, del que en 1955

⁷ Es sabido que Ricardo Molina solía ir por la calle con un libro bajo el brazo, razón que le dio el nombre de “Sobaco Ilustrado”, como el citado Alfonso Polo, en sus informaciones, nos especifica claramente: “También, como sabes, le decíamos el Sobaco Ilustrado”.

⁸ ANTONIO MORENO AYORA, en su reciente libro *Ricardo Molina, eco literario (Cincuentenario de su muerte, 1968-2018)*, p. 19, recoge el testimonio de Ginés Liébana que declara que, estando en Madrid, “iba andando a Correos [...] y le mandaba todos los libros que [Ricardo] me pedía; libros de francés, de todo, de Charles Peguy, de Jean Cocteau [...], hay una lista larga”.

denuncia⁹ “la ‘injusticia crítica que se viene cometiendo contra su primer volumen de poesía *Perfil del aire*’ a tenor de la ‘hipotética influencia crítica de Jorge Guillen’”. En sus escritos en *Cántico*, Molina hace –según destaca Torralbo Caballero en las obras citadas– una apuesta individual por “la ‘autenticidad y humanidad’ en la poesía de mediados de siglo, quejándose del ‘tono de uniformidad aburrido’ y de las ‘voces [...] que se parecen como gemelas gotas de agua’”, con lo que está declarando públicamente su desacuerdo con la poesía de su tiempo y proponiendo un nuevo rumbo para ella que será el defendido por los nuevos poetas de *Cántico*. Desde luego, la biografía de Ricardo está íntimamente ligada a la vida de la revista que él fundó e impulsó junto a Pablo García Baena y Juan Bernier.



Ricardo Molina pronunciando un discurso en la Real Academia de Córdoba, de la que era miembro numerario.

⁹ Véase J. D. TORRALBO CABALLERO, “*Ita et nunc*. Ricardo Molina y la literatura foránea en las segundas hojas de *Cántico*”, en: MORENO AYORA, A.: *Ricardo Molina, eco literario (Cincuentenario de su muerte, 1968-2018)*, Rute, Ánfora Nova, 2019, pp. 65-80; cita en la p. 70. Únase a esta cita, y como investigación más reciente, la tesis doctoral –segunda de su currículo– del mismo J. D. TORRALBO CABALLERO, *Las traducciones en la revista ‘Cántico’ (1947-1949 y 1954-1957)*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2019; en prensa. Incluso están pendientes de publicación, por tanto en el estado de “en prensa”, estos dos artículos de DOMINGO CÉSAR AYALA: “Las traducciones de poesía en la primera etapa de la revista *Cántico*”, en *Boletín de la Real Academia Española*; y “La poesía en lengua no española en la segunda época de la revista *Cántico*”, en *Il Confronto Letterario*. Al estar los dos artículos aceptados pero pendientes de publicación, no se pueden aportar referencias de números o páginas.

4. Amistades y correspondencia

La amistad es uno de los dones que por naturaleza enriqueció la vida de Ricardo Molina, y es un aspecto que se puede afrontar desde distintos puntos de vista, el literario o poético entre ellos, aunque aquí no lo tratemos, pues el poeta escribió y dedicó muchos poemas a personajes, amigos y conocidos de su tiempo. Al margen, sin embargo, de esta línea, es ineludible decir que ya la misma creación de la revista *Cántico* fue fruto de esa intensa unión entre cinco poetas (Ricardo, Bernier, García Baena, Mario López y Julio Aumente, e incluso el que se considera un tanto marginal, Vicente Núñez) y de dos pintores (Ginés Llebana y Miguel del Moral). Por eso escribe la profesora Olga Rendón este sustancial párrafo que ya habíamos recogido en nuestro libro *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*:¹⁰

En aquellos años el vínculo para los amigos era las sesiones de música en casa de don Carlos López de Rozas, el “Cuarto de los infiernos” de la Biblioteca Pública, los paseos por el Guadiato y la finca ruinosa de Trasierra, aquella escenificación que montaron en el verano de 1942 del *Cántico Espiritual* de San Juan y, sobre todo, las tabernas de una triste Córdoba de posguerra donde la conocida como “Peña Nómada” compartía amistad, lecturas y vino.

Sí, porque Ricardo, amante del vino como símbolo de amistad y de relación humana, no dejó de citarlo con uno u otro sentido en sus versos, y por ello en el poema “La copa”, en su primera parte –diez versos– lo exalta así:

Insensible, la copa,
siempre la misma y siempre
diferente, me espera
ofreciéndose muda,
entregándose fría
sin recatar su dádiva,
a no ser la fragancia
tan leve de su vino
y la insensible huella
de mis labios...

¹⁰ Cfr. el texto en la página 19 del título citado.

Y en otro pasaje poético, “Gacela”, lo declara como trasunto lírico embellecedor:

Oh quién me diera
a la sombra de un álamo, oh quién me diera
a orillas del Genil una copa de vino de mi tierra,
una copa
de cálido, dorado vino
en que las luces de fresca granada de tus mejillas
y las radiantes abejas de tus ojos se reflejaran temblando...
Oh quién me diera
una copa de vino en que la luna de septiembre
refrescara mis labios
a la sombra de un mirto triste y virgen,
una copa
que apague lentamente esta sed de tu cuerpo
que me invade como una oleada de cisnes...

El vino ha sido, en los tiempos de Ricardo seguramente más, una muestra de diálogo y solidaridad, de unión de pensamiento y sentimiento. No extraña que en esa foto en que Ricardo y Mairena se muestran tan ufanos en una taberna de Córdoba, entre ellos medie un vaso de vino uniendo su amistad¹¹. Es evidente que Mairena fue un imprescindible amigo, “con quien Ricardo mantenía un afianzado vínculo que trascendía la mera amistad”, palabras de Manuel Gahete que sugieren más que descubren¹². Sin duda, entre muchos amigos suyos estaban, pues, los cantaores flamencos, entre ellos su paisano, más joven en edad, Antonio Fernández Díaz, Fosforito.

En efecto, en sintonía de franca y buena amistad, conservamos también documentos gráficos que lo muestran con Fosforito –y esto centrará párrafos de este y del siguiente epígrafe–, quien por cierto le

¹¹ A las singularidades de este aspecto biográfico y literario –porque es innegable la relación entre poesía y biografía que se advierte al leer los poemas de Ricardo– dedicamos ya nuestro artículo “*Embriagar, ebrio, viña* y otros términos similares del léxico de Ricardo Molina”, en Moreno Ayora (coord. y editor): *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*, Rute, Revista Literaria *Ánfora Nova*, núm. 111-112, pp. 59-72. En la misma línea debe citarse, de Moreno Ayora, la obra *El léxico del vino en Ricardo Molina*, Málaga, Corona del Sur, 2002.

¹² Véase su artículo (concretamente la p. 45) “Temática flamenca en la obra poética de Ricardo Molina”, que editamos en 2017 en *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*.

envía al poeta varias postales desde lugares lejanos, como una fechada en Teherán en 1959 (18-12-59) felicitándole la Navidad y que dice en su breve texto: “Muchísimas Felicidades y un nuevo año lleno de Ventura. Os deseo de corazón. Vuestro incondicional. Antonio Fernández Fosforito”. Así, lo que podemos llamar “cartas amistosas” recibidas por Ricardo sobre cualquier asunto las vamos a clasificar en varios grupos, siguiendo los que hacemos en nuestro capítulo “La relación epistolar de Ricardo Molina en su contexto”¹³:

a) Carta a los fundadores de *Cántico*, que por su importancia comentaremos en primer lugar.

Sin fecha, pero evidentemente del año 1954, esta es una carta con significado coral, pues Aleixandre se dirige a todos los componentes del grupo *Cántico*, saludándolos y deseándoles los mejores augurios de futuro: “Amigos míos: Una revista puede ser una hoja de papel [...] Una revista puede ser un río, y ojalá allí de algún modo esté reflejada la vida, con su borde de junco y de limo, con sus rostros ardientes, con su corola de cielo y de fuego”. Sin duda estas palabras resonarían muy favorablemente en los oídos de Ricardo Molina, habituado a las esplendorosas y muy luminosas riberas del Genil y del Guadalquivir. Y más cuando Aleixandre subraya que “la aparición de una joven revista andaluza llena de coherencia [...] es un suceso no del todo usual que a mí me parece justo registrar, subrayar de algún modo”.

b) Otra carta remite al nombre de Juan Rejano, su paisano pontanés nacido en Puente Genil el 20 de octubre de 1903 y muerto en México D.F. el 4 de julio de 1976, cuando estaba preparando su inminente regreso a España tras el advenimiento de la democracia.

Esta misiva de una página, a máquina y de renglones apretados a un espacio –cincuenta y cinco líneas distribuidas en cuatro párrafos–, es la que recibe Ricardo de su paisano Juan Rejano, residente o exiliado en México (“desterrado tantos años”, se confiesa) y por ello fechada el 30 de marzo de 1955, cuando era, según el membrete, Director del Suplemento Cultural de *El Nacional*. La escribe con el corazón temblando de emoción y de recuerdos, en respuesta a la que días antes debió de enviarle Molina: “¡Qué alegría tu carta! No me creerás si te digo que la esperaba”. Y esto último a pesar de que Rejano declara no

¹³ Véase el citado *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*, pp. 73-90, y clasificación en p. 75.

conocer hasta ese momento a Ricardo, al que le anuncia que “hace tiempo leí por vez primera tu nombre y algunos poemas tuyos” y añadiendo que “ahora te me presentas de improviso”¹⁴, y es como si me llegara, envuelta en versos fraternales, la imagen de nuestra tierra. ¡Qué alegría!”. Además, a continuación, deja en evidencia su exultante ánimo al hacerle la confidencia de que “mi júbilo fue mayor al saber que eras paisano mío”. En ella, continuando sus emotivas líneas, Rejano se congratula de la aparición de nuevos y revitalizadores poetas en su lejana Córdoba, “de cuatro jóvenes poetas cordobeses que son ya mucho más que una promesa: tú, Mario López (de Bujalance), Leopoldo de Luis y Pablo García Baena (de Córdoba)”. Estas y similares confidencias debieron aumentar el optimismo¹⁵ personal de Ricardo, al que al fin Rejano le pregunta: “¿Puedo confiar en que me escribirás?”.

c) El resto, o sea, diez, constatan su relación epistolar mantenida con autores del 27, debiendo adelantarse que de ellas dos se las dirigen Dámaso Alonso, dos Luis Cernuda, dos Vicente Aleixandre, y el resto, una en cada caso, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Jorge Guillén y Gerardo Diego.

Muy brevemente esquematizaremos el contenido de algunas de estas cartas, anotando que las de Dámaso Alonso versan sobre gestiones para impartir alguna conferencia en Córdoba y sobre las del posible viaje –realizado luego en dos fechas, abril y mayo de 1955– a Puente Genil y poblaciones limítrofes para estudiar el fenómeno sociolingüístico conocido como “Andalucía de la E”.

Una postal de Cernuda (6 de octubre de 1948) y otra carta del mismo (de marzo de 1951) demuestran fehacientemente la relación entre ambos poetas, que en el caso de Ricardo es extensible también, como hemos dicho, a Vicente Aleixandre, que además de la ya citada le envía otras dos (de 22-11-1948 y de 4-11-1949) con la alegría de mostrarle, respectivamente, su admiración por su libro *Elegías de Sandua*,

¹⁴ Juan Rejano concreta en la misma carta –renglón 5º– que ha sabido quién es Ricardo por la *Antología de poetas andaluces contemporáneos* de JOSÉ LUIS CANO (publicada en Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952; hay ediciones posteriores aumentadas de 1968 y 1978).

¹⁵ Ginés Liébana comentaba recientemente: “[...] yo siempre decía: si alguna vez me pasa algo grave voy con Ricardo, porque Ricardo no tenía jamás pesimismo, saboreaba lo que iba tomando con un hedonismo... [...]”. Véase MORENO AYORA, A.: *Ricardo Molina, eco literario...*, p.18.

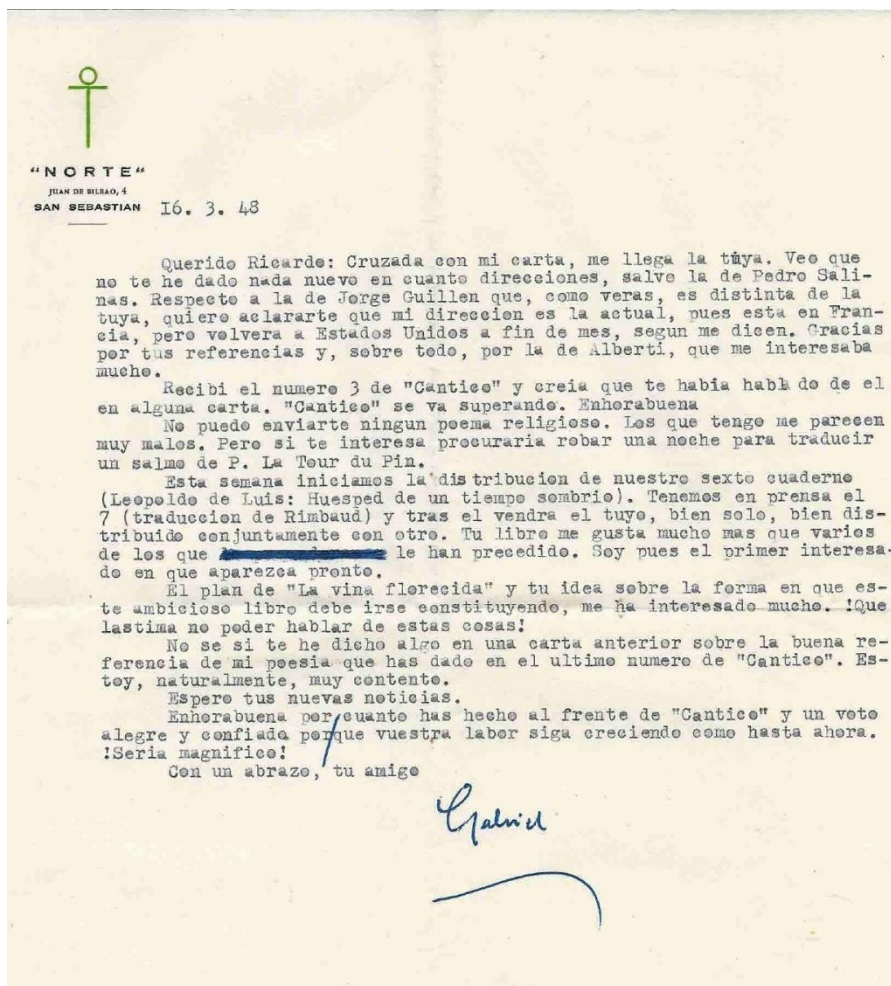
y por haber recibido al fin el premio Adonáis por su libro *Corimbo*: “Enhorabuena y felicidades por el premio, y abrazos alegres. / Vicente”. Por fin, entre los buenos amigos cuya relación epistolar cultivaba el poeta cordobés estaban, según cartas conservadas, Gabriel Celaya (que firma una el 16 de marzo de 1948), Jorge Guillén (en 17 de junio de 1949), Blas de Otero (9 de febrero de 1956) y Gerardo Diego (2 de noviembre de 1956). Toda esta correspondencia prueba la amistad de Ricardo con los poetas más actuales en aquella época, con quienes se carteaba por relación de honorable amistad y en la mayoría de los casos para distribuir entre ellos y su entorno la revista *Cántico*. *Hojas de Poesía* que también entre amigos se había fundado en Córdoba y cuya aparición tan claramente celebraba Aleixandre con la primera de las comentadas, la “Carta a los fundadores de Cántico”¹⁶.

Y de amigos, de muchos amigos que lo estimaban y valoraban y deseaban tenerlo como correspondiente lector, se conservan (y cuando hablamos de esto ya debemos remitir para siempre al legado literario de Ricardo depositado desde 2019 en la Fundación Juan Rejano de Puente Genil) los libros que a Ricardo remitían escritores y poetas coetáneos que tan cordialmente se los dedicaban. Solo pondremos algunos ejemplos representativos de muchos otros que pueden constatarse documentalmente. Ahí quedan, entre otros muchos, títulos como *Sonetos de la bahía y otros poemas (1940-1942)*, de José Luis Cano, *Memorias de poco tiempo*, de José Manuel Caballero Bonald, o *Vida, tan prodigiosa*, de Hugo Zambelli.

Por añadidura, muchas fotos —en tanto se vayan descubriendo más documentos vitales— enmarcan a Ricardo con personajes como aquellos amigos, no solo sus amigos poetas, con los que hace excursiones a la sierra de Córdoba para pasar el día y almorzar con comidas que ellos mismos se cocinaban; como personajes intelectuales y profesores cordobeses (citemos a Perfecto García Conejero o María Luisa Revuelta); o como los cantaores con los que se relacionaba en las men-

¹⁶ Es consustancial a este párrafo la cita de los siguientes estudios de OLGA RENDÓN INFANTE: *Los poetas del 27 y el grupo 'Cántico' de Córdoba (Correspondencia entre Ricardo Molina y Luis Cernuda, Jorge Guillén, Gerardo Diego y Dámaso Alonso)*, y *Los poetas del 27 y el grupo 'Cántico' de Córdoba (Correspondencia entre Ricardo Molina y Vicente Aleixandre)*, Sevilla, Alegoría, 2014 y 2015, respectivamente. La base de estos dos volúmenes fue su anterior tesis doctoral titulada *Ricardo Molina y la Generación del 27 a través de un epistolario inédito. Estudio y edición crítica*.

cionadas tabernas de Córdoba¹⁷. Todas estas amistades de Ricardo, bien investigadas, organizadas y convenientemente clasificadas, servirían para rellenar muchas lagunas de su biografía y desde luego deben ser motivo de algún futuro estudio paciente y laborioso.



Carta de Gabriel Celaya.

¹⁷ Escribió Pablo García Baena, en su poema "Sandua" que recogemos en nuestro libro *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina* (p. 14), la siguiente estrofa: "Por la Ribera, El Potro, Campo de la Verdad, / por la empinada calle que ahora lleva tu nombre, / alzabas el moriles pálido en las tabernas / y la noche feraz, enajenada, abría / el asfixiante grito irracional del cante".

5. Su afición al flamenco. Muerte.

Cualquier punto de partida que señalemos en la biografía sentimental y cultural de Ricardo Molina conduce casi inexorablemente a su afición por el flamenco, que desde el punto de vista del ensayo llegaría puntualmente a plasmar en sus libros *Mundo y formas del cante flamenco* (1963), cuya autoría compartió con Antonio Mairena, *Cante flamenco* (1965) y *Misterios del arte flamenco. Ensayo de una interpretación antropológica* (1967). Después de muerto el poeta, en 1977 aparecieron otros dos: *Obra flamenca* y *Cante y cantaores cordobeses*. Su gran amigo Pablo García Baena, en su poema “Sandua” (publicado en su poemario *Antes que el tiempo acabe*, de 1978), que lo recuerda tras su muerte, escribe en su sexta estrofa: “Fueron muchos los nombres que amaste: Flora, Ibiza, / Juan Sebastián, Li-Po, la Niña de los Peines, / [...]”. Sí, porque el flamenco fue desde siempre una de sus grandes pasiones, como también recuerda Olga Rendón en su artículo “Recorrido por la vida y obra de Ricardo Molina”, cuando concreta que¹⁸: “... convocó en 1956 el II Concurso nacional de Cante Jondo, heredero de aquel que Falla y Lorca organizaron en Granada en 1922”.

Sin duda, uno de sus más amigos fue Antonio Mairena, al que en el poema –aunque fueran diversos en este sentido los que le escribiera– con ese mismo título de nombre propio, “A Antonio Mairena”, le dedica estas palabras entre otras de similar elogio: “Yo admiro y amo el alma poderosa / de tu raza y el sol que suspirante / tu voz incendia y la tristeza errante, / que se queja en tu copla misteriosa”. De igual manera, Manuel Gahete ha hecho público su argumentado y muy convincente artículo “Temática flamenca en la obra poética de Ricardo Molina”¹⁹ partiendo de la idea de que el poeta comienza “a incorporar conscientemente en su poesía toda la carga conceptual y anímica del flamenco que ya formaba parte de sus predilecciones culturales”, añadiendo enseguida, como se ha apuntado antes, que: “Una vez que Molina, de la mano de Antonio Mairena, penetra en el universo del flamenco, su focalización se descubre cada vez más intensa”.

En este sentido, parecen muy interesantes las palabras de quien tan bien lo conoció, Ginés Liébana, que personalmente nos relató en

¹⁸ Véase en nuestro libro *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*, p. 21.

¹⁹ Editado asimismo en el libro antes citado, pp. 41-56. Citas de la p. 42.

Puente Genil el día 3 de junio de 2017, y referidas a su implicación con el flamenco y los flamencos²⁰:

[...] porque Ricardo no tenía jamás pesimismo, saboreaba lo que iba tomando con un hedonismo... El propio flamenco lo sabía con... él no cantaba pero sabía la malagueña y todo lo sabía como si fuera... Por ejemplo, la tarareaba; decía ahora viene este punto... Y eso lo cito porque nos llevaba al Campo de la Verdad de Córdoba, a una taberna que había pasado el puente a la izquierda, y allí nos ponía con Pepe Lora a oír el flamenco. Eso era una cosa, eso no se ha repetido más... Pepe Lora con la alpargata, era tejero (hacía tejas, no...), y no te puedes imaginar la diferencia que había de aquel flamenco con el que hacen ahora [...].

Es indiscutible y ya está más que demostrado la pasión por el flamenco que sentían algunos miembros de *Cántico*, entre ellos Ricardo y Pablo. Es este quien habla de aquellos años deleitándose cerca del Puente Romano cordobés en el arte de los mejores flamencos²¹: “Y en la noche honda del Campo de la Verdad, la voz de Pepe Lora levantaba como un espectro la copa de lágrimas del cante ante el pálido Moriles derramado y la última oda claudeliana de Ricardo Molina”.

Esa misma implicación vivencial y biográfica la completa esta afirmación que hace su alumno cordobés Alfonso Polo Alfaro: “Era en la Academia Espinar. / En los años 50. Llegaba a las clases tarde con los ojos rojos de haber estado de noche de flamenco y copas”²². Y sin duda esa afición por todo lo flamenco la plasmó igualmente, al margen de sus libros, en su artículos periodísticos, pues de la clasificación que pueda hacerse de ellos (tal como la hace José María de la Torre en su biografía del poeta²³), una parcela queda marcada precisamente por los “artículos de tema flamenco”.

²⁰ La entrevista la hemos editado recientemente en el libro antes citado *Ricardo Molina, eco literario (Cincuentenario de su muerte, 1968-20018)* pp. 17-20, con cita de la p. 19.

²¹ Tomamos la referencia de FERNANDO ORTIZ, *La estirpe de Bécquer (Una corriente central en la poesía andaluza contemporánea)*, Granada, Editoriales Andaluza Unidas, 1985, p. 200.

²² De nuevo remitimos al libro antes anotado, p. 25.

²³ DE LA TORRE, en la página 80 de *Ricardo Molina, biografía de un poeta*, hace esta clasificación: “a) Artículos literarios, b) Artículos de teoría, historia y crítica literarias, c) Artículos de tema flamenco, d) Artículos de observaciones de viajes, e) Artículos históricos, y f) Artículos misceláneos”.

En cuanto al momento en que pudo manifestarse el interés de Ricardo por el mundo del flamenco, hay cierta duda de cuál sería el punto de arranque. Su reconocido biógrafo el profesor De la Torre baraja varias fechas en su estudio aquí muy tenido en cuenta: en 1952 o 1956, o incluso 1950, establece primero en la página 86; pero al final da argumentos (véase nota 173 en su página 121), basados en declaraciones del propio Ricardo para retrotraer esas fechas hasta 1937, y apurando mucho lleva su interés hasta la edad de 12 años, o sea, hacia 1928. Habiendo nacido donde nació, seguro que de niño, en su Puente Genil natal, oiría muchas veces a sus mayores hablar de cante y cantaores.

En fin... Y después de hablar del flamenco, acometamos, con unos breves apuntes, ciertas notas referidas a la llegada de la muerte, que tan tempranamente levantó el vuelo para sorprender al poeta de Cántico.

En el libro *Ricardo Molina. Aún es Córdoba bella...* (*Antología poética*), con selección y prólogo de Carlos Clementson²⁴, encontramos un parágrafo “Final” que presenta interés por contener, entre otras, estas dos ideas que resumimos: 1) “Su muerte suscitó un muy sentido dolor en su ciudad y provincia, donde era muy querido y admirado, y también popular por su continuada presencia en la vida cultural cordobesa y en su prensa periódica, y no menos en los círculos flamencos [...]”; 2) Varias necrológicas dan cuenta de su fallecimiento.

Pero qué le condujo a la muerte y cómo fue ese proceso. Acudamos, una vez más a José María de la Torre, que en su biografía ya reserva un capítulo, ciertamente breve, titulado “Los últimos años: enfermedad y muerte”, y en donde empieza fijando el comienzo de una dolencia estomacal en el año 1944 —en noviembre concretamente— que poco a poco le irá insistentemente molestando (recordemos los testimonios aportados por sus tres alumnos citados y aún vivos). Pero lo verdaderamente preocupante fueron las crisis cardíacas que también lo minaron después (cartas suyas y declaraciones de amigos así lo documentan) y que por fin se agravaron, según de nuevo hace constar De la Torre, en 1965: “Por tanto, los documentos mostrados indican claramente que R. Molina cayó enfermo de consideración por el otoño de

²⁴ Es publicación que referenciamos en nuestro reciente título, ya citado, *Ricardo Molina, eco literario (Cincuentenario de su muerte, 1968-2018)*, pp. 37-38.

1965”; añadiendo por fin: “A partir de entonces (finales de 1965) la muerte le obsesiona”,²⁵.

En esta línea, y coincidiendo con esa tan vital y humana preocupación, en nuestro ensayo *Ricardo Molina, eco literario...* publicamos una breve conversación con el que fuera otro amigo suyo, Francisco Carrasco, quien recuerda diálogos con el poeta en los que este insistía en sus alarmantes dolencias. De aquella conversación²⁶ copiamos estos dos párrafos en su plena literalidad:

a) Se da la circunstancia de que el último año de vida del poeta, Francisco se propuso visitarlo todas las mañanas de los domingos, y acudía a su casa –avenida de Granada–, en donde recuerda que en una mesa Ricardo tenía siempre un mazo de folios, que le dijo que eran –palabras que me traspasa el entrevistado– “sobre un libro titulado *Función social de la poesía*, y me voy a morir y no lo voy a ver publicado ya que tengo tres lesiones en el corazón, y me voy a morir”.

b) En otra ocasión, poco después de haber conseguido entrar a dar clase en el antiguo instituto Séneca, le comentó Ricardo al amigo: “Fíjate. Ahora que gano 20.000 pesetas, ahora me voy a morir”. Todo por aquellos meses le llevaba a Ricardo a manifestar su certeza de la cercana muerte. Me aseguró que él, Francisco, asistió a su entierro y que “en el acto hubo mucha gente de la poesía”.

En resumen, ni que decir tiene que la muerte, por humana y temida, fue en ocasiones preocupación fundamental de la emotividad de Ricardo. Por ejemplo, en el poema “Nocturno romántico” (inserto en nuestro volumen *Los dones de la dicha. Homenaje a Ricardo Molina*, p. 32-33), insiste en la idea esa expresión tan juanramoniana “Y yo me iré...”, y en un momento llega a escribir: “Y tú preguntarás a los espejos / y ellos no acertarán a responderte, / y yo estaré muy lejos ya, tan lejos, / que habré cruzado el muro de la muerte”.

²⁵ Estas referencias del profesor DE LA TORRE están tomadas de ese capítulo citado, respectivamente de las pp. 215, 216 y 217. Con todo, la esencialidad del capítulo no tiene desperdicio.

²⁶ Véase en MORENO AYORA, A.: *Ricardo Molina, eco literario...*, pp. 20-22. Por otra parte, también OLGA RENDÓN (en la p. 18 de volumen también editado por A. MORENO AYORA *Los dones de la dicha...*) matiza sobre este asunto de la muerte: “Diez años más tarde se edita *La casa* (1966), breve poemario de paz y recogimiento, fruto de la experiencia de la enfermedad. Es a partir de esos años cuando los temas de la muerte, la resignación al olvido y la obediencia a la voluntad divina, están más aún en sus poemas”.

Ricardo murió el 23 de enero de 1968 y ese mismo día el Ayuntamiento de Puente Genil giraba un telegrama a su hermana Flora Molina Tenor, con el siguiente texto²⁷: “Ricardo fue uno de los hijos ilustres de Puente Genil [...] Con su pluma enalteció su pueblo [...] Al saber de su muerte le textimoniamos [*sic*] nuestro sentido pésame [...] Alcalde”.

Y acabamos con lo que debe de resultar evidente: insistiendo en que estas páginas solo han intentado que el lector curioso y el aficionado a la literatura tenga un esquema vital con el que pueda adentrarse en el mundo poético de Molina, porque el escritor merece no solo estas actuales sino sobre todo muchas otras que en el futuro indaguen nuevos aspectos de su existencia. Con su nombre, Ricardo Molina, y con los de quien le precedió, Manuel Reina, y Juan Rejano, que fue su contemporáneo, y asimismo quienes le sucedieron portando antorcha de la literatura cordobesa, fundamentalmente Juan Campos Reina y José Luis Rey, Puente Genil y Córdoba pueden estar orgullosos de su pasado y de su presente literario, tan encomiable y fructífero dentro del panorama nacional.



Foto de grupo con Antonio Mairena.

²⁷ El texto del telegrama lógicamente va en mayúsculas y sin expresión de las tildes (que aquí hemos repuesto), e igualmente sin puntuar, como correspondería en el lugar donde hemos situado los corchetes.

Con el presente volumen, tercero de la colección *Francisco de Borja Pavón*, se alcanza la treintena de académicos que esmaltan con su prestigio en el ámbito de las ciencias, las bellas letras y las nobles artes la fecunda trayectoria de la Real Academia de Córdoba, institución cultural próxima a cumplir los 210 años de antigüedad. Pese a las lagunas, su pasado esplendoroso se ofrece como manantial inagotable de luminarias para que los académicos de hoy sigan aportando semblanzas biográficas que rescaten del olvido ejemplares trayectorias que han contribuido al desarrollo cultural de Córdoba.

Tras el prefacio y prólogo acostumbrados, abre la galería **Carlos Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca** (1814-1874), un político intelectual al frente de la Academia, a cargo de José Manuel Escobar Camacho; le siguen **José Amo Serrano** (1854-1959), un médico sabio, bueno y longevo, por Ángel Fernández Dueñas; **Antonio de la Torre y del Cerro** (1878-1966), historiador y archivero, por Manuel Toribio García; **Samuel de los Santos Gener** (1888-1965), figura imprescindible en la historiografía cordobesa, tratado por María Dolores Baena Alcántara; **Antonio Gil Muñiz** (1892-1965), insigne profesor y escritor pedagógico, por Juan Díez García; **Juan Gómez Crespo** (1910-1994), docente, investigador y académico, a cargo de José Cosano Moyano; **Ricardo Molina** (1916-1968), emoción y entorno vital, según la visión de Antonio Moreno Ayora; **Antonio Ojeda** (1921-2007), el pintor de los símbolos, por Manuel Gahete Jurado; **Feliciano Delgado León** (1926-2004), a través de sus estudios lingüísticos y literarios, a cargo de Antonio Cruz Casado, y cerrando el volumen, **Diego Palacios Luque** (1929-2001), insigne jurista espejeño, por Miguel Ventura Gracia.

Diez nuevos académicos en el recuerdo se incorporan así a la veintena ya abordada en los anteriores volúmenes de la colección, “titulada con el nombre de uno de nuestros académicos más activos a lo largo de su historia”, según nuestro Director, el profesor José Cosano Moyano, que manifiesta en el Prefacio introductorio la “firme voluntad” de darle continuidad, al tiempo que expresa su gratitud y felicitación a los autores de los trabajos reunidos en el presente volumen gracias a su colaboración altruista.

